



Tres días en el Caribe

A caballo por el occidente de Cuba

Cuba tiene un encanto especial que, acompañados por los sones típicos de la isla, descubrimos en nuestro viaje a caballo. Tres días sirvieron para conocer varias opciones de turismo ecuestre al más puro estilo caribeño. El buen humor, un magnífico tiempo y mejor compañía fueron la tónica de estos recorridos que hoy os relatamos.

Después de explorar la Habana Vieja y el Malecón, regresamos al Hotel Presidente, un famoso alojamiento en la capital cubana. Nuestra guía, Aymée, nos había puesto ya al corriente de todos los lugares en los que recalamos: la Plaza de Armas, el Templete, la Bodeguita de Enmedio, donde cenamos... La mañana siguiente partiríamos hacia Pinar del Río.

Roberto, el conductor, estaba esperándonos, según lo acordado, en la puerta del hotel. El viaje hasta esta localidad se tuvo que retrasar dos horas y media, con lo que no llegamos a la Finca La Guabyna hasta las once de la mañana. Tras un cóctel de bienvenida, la presentación de los guías y la asignación de los caballos, partía la expedición.

Pese a no ser muy grandes, los caballos (Criollos y Apaloosa)

estaban en buenas condiciones y conocían muy bien su trabajo. Las sillas de montar, todas western o tejanas, eran cómodas pero difíciles a la hora de cambiar la altura de los estribos, por carecer de hebillas.

Evelio y Enrique, dos expertos jinetes con muchos años de experiencia, buenos conocedores del terreno y de agradable trato, fueron nuestros guías. Nada más salir, comenzamos el ascenso a una loma, en dirección hacia la Sierra de Cayo María. El paisaje, a medida que subíamos, nos iba ofreciendo una panorámica cada vez más bella. Por un bosque de pinos con abundante vegetación llegamos al lugar del picnic, un emplazamiento preparado con troncos de madera dispuestos en forma de asiento e integrados perfectamente en el paisaje, a modo de bancos.

Tras tomar un refrigerio reemprendimos nuestra marcha a caballo, esta vez descendiendo por una pista de tierra que nos condujo a Moncada, un pequeño poblado campesino construido por la Revolución. Habían transcurrido ya cuatro horas de ruta cuando nos despedimos de Enrique, que debía de volver con casi todos los caballos de regreso hacia La Guabyna. Sólo quedaron dos caballos de los nuestros y el de Evelio, que debía continuar con ellos hasta Viñales.

A las seis de la tarde llegábamos, de la mano de Roberto, al Hotel Los Jazmines. Si bien esta instalación esta destinada a un turismo más convencional, dispone de una vista envidiable sobre todo el Valle de Viñales, declarado Paisaje Natural de la Humanidad por la UNESCO. La

cena se preparó en un auténtico "paladar" cubano, donde disfrutamos de una buena cena a base de marisco, camarones, yuca, ensalada y carnes de res y cerdo. La noche terminó con una visita a Artex, donde tuvimos ocasión de ver un grupo local de música tradicional cubana.

Reencuentro

En la jornada siguiente nos dirigimos hacia la casa de Orlando, donde había llegado Evelio la noche anterior y donde asignamos los nuevos caballos. Nuestro nuevo anfitrión disponía de buenos animales también y era un buen conocedor del Valle de Viñales. Sabía que este iba a ser uno de los recorridos más bellos de todo el viaje, y así fue.

El paisaje de la zona es espectacular, con una naturaleza exuberante y un contraste de colores difícil de igualar. Los diversos tonos del color de la tierra, marrón, rojo y beige, se mezclaban con el verde de los campos de tabaco, maíz, yuca, café, plátano y piña, así como con el verde de sus árboles: palma (palmera), algarrobo, ceiba... Por encima



2



3



4



5

de todo, el azul de un día espléndido de sol, alternando con las pocas nubes que, de vez en cuando, nos ofrecían su sombra.

Tuvimos ocasión de ver a una mujer con su hija haciendo una ofrenda a San Lázaro a la sombra de una ceiba, árbol sagrado para el campesinado cubano. Después de pasar por el valle de Palmarito, hicimos una parada en un secadero de tabaco, donde trabajaba un matrimonio pinareño. Mientras el marido nos explicaba el proceso de elaboración del mejor tabaco del mundo, la mujer nos ofrecía guarapo (jugo de caña) elaborado en el momento. Fue el momento para que algunos adquirieran tabaco, puros en mazos de doce unidades. El guajiro está autorizado a vender directamente un pequeño porcentaje de su producción, el resto debe entregarse al estado.

Continuamos nuestro itinerario en dirección al Mural de la Prehistoria, ubicado en uno de los mogotes del valle y pintado sobre la piedra de una de las elevaciones. Este mural, pintado en varios colores y con unas

dimensiones de 120 m. de alto y 160 m. de ancho, muestra la evolución de la vida en sentido natural a través de varias figuras: un caracol, un dinosaurio y el hombre con un niño.

Poco después llegamos a Dos Hermanas, donde tuvo lugar el picnic. Algunos de los jinetes pudieron también disfrutar de una apacible siesta a la sombra de los árboles de mango que nos rodeaban.

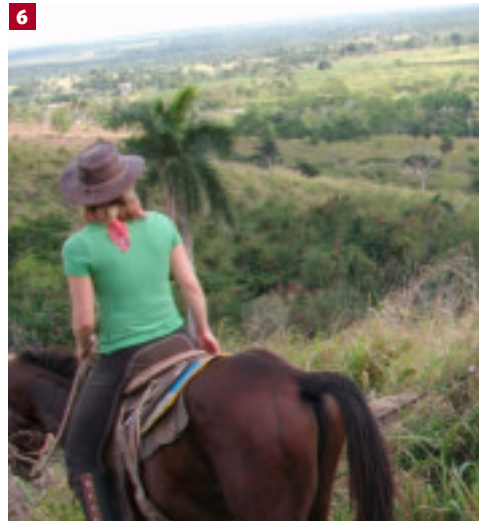
Por la tarde hicimos una excursión a la Casa del Veguero, antes de decir adiós a Orlando, Evelio y los caballos, tras una jornada de seis horas de monta.

Nuevo recorrido

Un autobús (guagua) se encargó de acercar al grupo a la Finca de Charco Azul, ubicada en la población de Cayajabos. Esta se encontraba a una hora y media de Viñales, en dirección a La Habana. En esta magnífica finca, propiedad de "Flora y Fauna", tendría lugar nuestra última jornada a caballo.

La cena fue, como siempre, a base de platos típicos de la cocina cubana: arroz, frijoles, carne,

6



1. Evelio y Enrique nos acompañaron en las primeras jornadas.

2. El paisaje ofrece bellas panorámicas que disfrutamos sobre nuestra montura.

3. Pese a la abundante vegetación, podemos contemplar la llanura desde lo alto.

4. El estuferzo mereció la pena, no todos los días cabalgas por el Caribe.

5. Amplias escenas en el valle de Viñales.

6 y 7. La recompensa al esfuerzo fue disfrutar de una auténtica comida cubana en un "paladar".

7



pescado, camarones y ensalada, eso sí, amenizada por un fantástico grupo de música tradicional cubana, de la vecina población de Las Terrazas.

Denis, Carlos y Jose Antonio fueron nuestros guías para la cabalgata de cuatro horas que discurriría, en su totalidad, por el interior de esta finca de cuatrocientas hectáreas.

Allí los caballos, principalmente Apaloosa y cruzados con Apaloosa, o Criollos, tenían tan buena doma como los que habíamos montado hasta ahora, incluso se encontraban en mejores condiciones.

Cuba ofrece
al viajero
paisajes
infinitos

Desde el principio, el recorrido se hizo por un camino en el que había claros restos de haber sido limpiado a machete, atravesando un campo de marabú, una planta arbustiva espinosa africana que en Cuba es una plaga. Al cabo de un rato llegamos a un lugar donde se hallan unos manantiales de aguas sulfurosas, que dicen poseer propiedades terapéuticas para la piel. Tras un alto, que algunos

aprovecharon para tomar un baño, continuamos nuestro camino hasta la finca de Santa Rosa, donde llegamos tras un galopar por un sendero que conduce a este emplazamiento campesino. Se trataba de una pequeña finca gestionada por una familia que se dedica a la cría de ganado, principalmente caprino.

Desde ese lugar, la vista sobre Las Terrazas era magnífica. El conjunto montañoso ubicado en la Sierra del Rosario fue declarado por la UNESCO, en 1985, Reserva Mundial de la Biosfera. De regreso a nuestro punto de partida tuvimos ocasión de galopar otro rato, antes de que la cabalgata tocara a su fin, para despedirnos de nuestros guías y poder hacer un descanso.

A medida que la guagua de Roberto nos alejaba de Charco Azul, ya de regreso a La Habana, la capital, las imágenes de aquellos tres días a caballo en lugares tan bellos se sucedían en nuestra mente. El autobús sirvió de relax a los jinetes, que se despertaban ya entrando en La Habana, a las puertas de un nuevo hotel, el Victoria. La cena de despedida fue "El Guajirito", un paladar ubicado en la Habana Vieja, donde las cervezas y el ron cubano nos ayudaron a constatar que se trataba de nuestra última noche. ■

TEXTO Y FOTOS: RAFAEL BELMONTE



1



2

1. La buena compañía, algo que no debe faltar en nuestras rutas.

2. Típica estampa paisajística en el interior de la isla.

3. El regreso de los jinetes, después de tres jornadas a caballo.

3

